EL TORRENTE

POR

MANUEL PLAZA

—Mira hacia las montañas —dijo—. Me recuerda el campamento.

—¿De verdad?

Sentado en el bordillo, en silencio, Daniel miraba las altas montañas, que ofrecían un aspecto negruzco, con laderas verticales pobladas de arbustos. El viento era caliente, deslizante, denso; a lo lejos abatía las copas de los chopos. En el cielo corrían nubes alargadas, preñadas de blanco. Las paredes de las casas blanquean, hieren los ojos al resol. Las ventanas están púdicamente cerradas, protegidas del calor.

Ella tenía una bolsa verde apoyada en el suelo, entre sus piernas. No masticaba como él yerbajos, aunque sus ojos seguían los movimientos de rumiante de sus mandíbulas. Escupió un bolazo de hierbas amarillas, envueltas en saliva espesa. Se quitaba de las comisuras de sus labios las briznas pendientes. No notaba su presencia. Sólo estaban unidos por su indumentaria: trajes de verano, ligeros pero no extravagantes ni chillones. Ella sí percibía su presencia, sentía, vivía sus recuerdos.

Enfrente se encuentra el colmado —olor a bodega y embutidos—, pintado de verde. Al atravesar la puerta, al fondo, se levanta el mostrador de piedra. Los remolinos de moscas vibran en el aire. No hay decoración. Sólo ristras de embutidos y jamones colgados. Botellas de vino cárdeno.

El hombre golpeó con las palmas de las manos en el entarimado, con energía. Se volvió y miró hacia la carretera asfaltada que cruzaba delante de la puerta. Giró de nuevo y volvió a llamar. Al poco tiempo salió un viejo canoso, sin afeitar, con una camisa a rayas, sin cuello postizo.

—¿Qué quieren? —preguntó el viejo. Su voz era cascada, opaca, temblona.

—¿Qué tal vino tienes?

—Todo el vino de esta tierra es bueno, sobre todo el tinto.

—Póngame dos frascas de tinto, entonces.

El viejo marchó a la trastienda y divisaron detrás del mostrador estantes repletos de conservas. Regresó el viejo con las frascas sostenidas entre el brazo derecho y el pecho. El izquierdo lo mantenía

rígido en una posición extraña. Las depositó sobre el mostrador. Al retirarlas dejaron dos cercos húmedos en la madera.

—¿Tienes algún sitio para sentarse?

—Pasen dentro. Estarán más tranquilos.

La voz del viejo había acentuado su senilidad al intentar comunicarle un tono explícito.

Entraron en la trastienda. Al final atravesaron una puerta con las jambas azules y se encontraron en una estancia que debía hacer de comedor. Las paredes, blanqueadas de cal, presentaban algunas estampas religiosas sostenidas por clavos y chinchetas. En el centro de la estancia había una mesa con un mantel de hule a cuadros verdes y rojos. Alrededor, sillas de madera con el asiento de paja. Al sentarse colocaron las dos frascas de tinto encima de la mesa y la bolsa verde sobre una de las sillas. La luz, escasa, pasaba a través de una ventana estrecha.

—¿Quieres comer algo?

—Luego, más tarde.

—¿No quieres comer nada? —preguntó de nuevo. Pensaba que a ella le avergonzaba comer delante de él.

—No queremos nada más, gracias —dijo dirigiéndose al viejo. Estaba de pie, destacando su humana flaqueza y su rostro sin afeitar, silueteado nítidamente en el umbral de la puerta. No pareció entenderlos, permaneciendo inmóvil. Como si jamás fuese a abandonar esta postura. Con la cara de sorpresa que se experimenta ante un hecho en el que incomprensiblemente nos vemos metidos.

—Por favor, déjenos solos —repitió. Al salir el viejo dejó un olor a pana, a rancio.

La contemplaba sentada a su lado. «Demasiado próxima», pensaba. La veía semiborrada por la escasa luz que se filtraba entre la persiana verde, casi descendida del todo.

—¿En qué piensas? —indagó la muchacha.

—En nada importante.

—Puede ser importante para mí.

—Bebamos el vino.

Silencio. Olor a hule. A manchas de vino en el hule. A cristal de los vasos. A piel de mujer. Miró hacia la ventana.

«Cuando regresábamos al campamento —reflexionó—, al vadear el río por segunda vez, sentí el agua fría en los muslos y al salir teníamos las botas llenas de lodo, que se despegaba poco a poco al secarse. Al entrar en las tiendas de campaña arrojamos los fusiles al suelo, sin apoyarlos como otras veces. Nos desnudamos entre el olor a sudor que emanaban los cuerpos. Las duchas estaban al aire libre y era agradable

sentir los rayos del sol en el cuerpo, el mojarse. Un silencio dominaba como una orden. Se creía sacrilegio levantar la voz. Se hablaba como en la habitación en que duerme una persona. Después me tumbé en la alameda, mirando los robles espesos. Y comencé a leer mis cartas. Mis cartas con los eternos "¿estás bien?" y los eternos "cuídate mucho". A fin de cuentas, ¿para qué sirve el cuídate mucho? Pensaba en la muerte del cabo ocurrida horas antes y veía brillar al sol las botas claveteadas del teniente. La imagen estaba introducida en mi cerebro como con garfios.

Por la tarde nos reunimos para comenzar las clases, pero la gente protestó y las suspendieron. Siempre he creído que con esta supresión se fue todo lo que podría quedar de esas muertes: el endurecimiento para el futuro. Al anochecer comencé a beber y cuando me acosté estaba borracho. Por la noche el viento fue muy fuerte, las lonas de las tiendas estaban tensas, los palos de sostén crujían. Todos estábamos despiertos, como esperando algo. El fuerte viento se acompañaba de un calor sofocante. Nos echábamos agua en las fosas nasales para descongestionarnos. Las horas pasaron lentas. Al amanecer, el paisaje apareció turbio. Estábamos desolados.»

La primera frasca de vino se había terminado. Daniel comenzó la segunda y llenó su vaso. Comenzaba a sentir los efectos del vino adormecerle. Cerca, callada, la oía respirar acompasadamente. No había bebido nada y acariciaba su vaso. Muy despacio, él fue a coger el suyo y, al hacerlo, rozó su mano y su antebrazo desnudo. Algo que ascendió desde su pecho a su garganta le hizo tragar saliva. Como un temblor. Necesitaba tenerla cerca. Pensó que podría ser pernicioso para ella. Esta sensación jamás la había tenido ante ninguna mujer; era extraña y familiar a la vez.

—¿Por qué no me dices en qué piensas?

—Lo que ocurrió en el campamento. Te hablé de eso en una ocasión. Al poco tiempo de conocerte. Y ahora quiero olvidarlo.

Habló por primera vez en un tono confidencial. Ella se aproximó hasta que sus hombros contactaron. Sintió en la mejilla el roce de su pelo y volvió a experimentar esa sensación de ahogo en la garganta, ahora con más fuerza que antes.

—Debes olvidarte de esas cosas. Olvidarte del todo.

—Tienes razón. Ya nunca pensaré más. Realmente, hacía tiempo que no pensaba en ellas. Hoy, esta mañana, he vuelto a recordarlas con una intensidad brutal. Como en los meses en que no conseguía dormir de noche. Ha sido algo así como cuando ves la reposición de una antigua película. ¡Que se vaya todo a paseo! Sólo quiero pensar en ti. Hace una hermosa mañana además.

Le miraba mientras bebía. La sensación de lo nefasto, irreprimible, se apoderaba de su espíritu. Temía por él.

—Tomaré un poco más de vino —dijo.

—No deberías beber más, Daniel.

—¿Por qué? Me ayuda a no pensar.

—¿A no pensar en qué?

No contestó. «No quiero herirla al hablar. Verdaderamente todo lo que he amado en este mundo, todo lo que he intentado o he querido hacer, lo destrocé yo mismo. Lo curioso es que cuando alguna de estas cosas las conseguí, nunca plenamente, entonces comenzaba el proceso de retroceso y de destrucción en mis logros. Puedo resumir mi vida diciendo que el tremendo error de ella fue juzgar erroneamente todos los errores cometidos. Ahora ya no quedan errores por juzgar porque no sé ciertamente en qué consiste un error.»

Había bebido demasiado para ser tan temprano.

—Llamaré para pagar —dijo. Dio una palmada sonora, hueca, que retumbó en la tranquilidad de la estancia. El viejo entró y se restregó la mano derecha en el pantalón.

—¿Qué le pasó en el brazo?

—La guerra. Una ráfaga de metralla me partió la articulación.

—Dígame cuánto le debo.

Salieron a la carretera. Atravesaron, siguiendo por ella adelante, pequeñas casas del pueblo. El día presentaba un aspecto claro y limpio. La carretera ascendía en línea recta hacia las montañas; al terminarse las últimas casas del pueblo doblaba a la izquierda y descendía hasta una extensa vaguada. En este descenso trazaba numerosas curvas. Remontaron el último tramo ascendente y se detuvieron a contemplar el amplio valle que se abría a sus pies. El pequeño pueblo estaba en la falda del monte que miraba hacia el valle, por donde corría un río de cauce ancho y poco profundo. Justamente el río cercaba el pueblo a la ladera del monte. Desde donde estaban ahora podían contemplar los campos destacarse bajo el fuerte sol de la mañana.

Daniel encendió un pitillo. «Es hermoso todo esto. Demasiado para que dure mucho.» Emprendieron el descenso de la carretera hacia el río, muy despacio, aspirando profundamente el penetrante olor de la jara. «¿Por qué se bebe realmente? Supongo que será para librarse de las cosas que uno quiere arrojar fuera de sí. Es como un purgante del cerebro.»

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

—Ahora no puedo acordarme de nada con claridad —contestó Daniel. «Ni con claridad ni siquiera de un modo confuso», pensó.

El río corría debajo de un pequeño puente, con pretil de piedras

angulares. Observaron asomados las aguas que se deslizaban despacio, debajo de sus cabezas proyectadas en la superficie líquida. Podían verse las facciones uno al otro, en silencio. La luz reverberaba en el río y formaba destellos que herían los ojos. Las márgenes eran arenosas, de una arena fina y blanca, interrumpidas por algunos matorrales. Al fondo no divisaban más que campos con árboles aislados y algunas casas de labor con el techo de pizarra roja. A la izquierda se veía el pueblo incrustado en la ladera del monte, que proyectaba su gigantesca mole sobre la llanura. Estuvieron apoyados en el pretil un buen rato sin hablarse, contemplando el paisaje.

—Debe ser tranquilo vivir en un sitio como éste —dijo Daniel.

—Tú eres hombre de ciudad. No podrías acostumbrarte a ésto.

—Siempre tienes la certeza absoluta de mi imposibilidad de adaptación a ciertas cosas. Pero supongo que viviría a gusto si tuviera alguna razón para quedarme aquí.

Cruzaron la carretera hasta el otro pretil. Divisaron el mismo aspecto, con idéntica escasez de árboles. Siguiendo la carretera, pasado el puente, nacían a ambos lados estrechos atajos que bajaban al río. Tomaron uno de ellos. Descendía primero Daniel, apartando las piedras para que María no se lastimase los pies. La pendiente se hizo muy pronunciada y cogió su mano, notando la piel suave. Tardaron unos diez minutos en llegar al río y estaban sedientos cuando estuvieron cerca del agua. Pisaron el blanco suelo arenoso y se sentaron al pie de un árbol raquítico, próximo a la orilla. Daniel se tumbó boca abajo y sintió retumbar los latidos de su corazón contra el suelo. Apoyó la cabeza entre los brazos cruzados. Escuchó el golpeteo de su corazón en el pecho. Se volvió y pudo contemplar a María, que estaba sentada con la espalda en el tronco del árbol. Su pelo, muy corto, se movía por el viento. Sus senos acompasaban su respiración. Miró sus piernas, largas y doradas.

—Estoy enamorado de tus piernas doradas.

María le sonrió. «Después de todo es mejor que las otras.»

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Lo que tú dejas de beber yo lo hago en exceso. Es un contrapeso fiel en la balanza. Además, estás muy guapa. ¡Puah!, supongo que te lo he dicho tantas veces que ya te asquea. ¿No es cierto?

—Me agrada oírtelo. Siempre me gustó.

Boca arriba, viendo la copa del árbol y el cielo limpio de nubes, sintió ganas de revivirse, de dejar todo su pasado atrás y aplastarlo de un puñetazo. Pero los recuerdos martilleaban su cráneo. «Recordarás siempre, imbécil», se dijo.

Rememoró la última vez que estuvo en el campo, solo. Le hacía falta alejarse de cuanto le rodeaba. Hacía frío. Alquiló una pensión barata y limpia en este pueblo. Por la mañana se levantaba muy temprano y se iba al monte. Desde allí divisaba las casas bajas del pueblo y el río, en el fondo del valle. Estaba sentado a veces, otras caminaba. La soledad le fortificaba como un reconstituyente orgánico. Al mediodía bajaba corriendo por la ladera. Entraba en la taberna y bebía un vino negro, un tinto que calentaba el estómago y hacía crujir el pan recién cocido entre sus manos. Charlaba con el tabernero, rudo y viril. Hablaban de mujeres, de vino y de trabajo. «Le hace falta un buen trabajo», le decía. «Me hace falta un buen trabajo», contestaba. «¡Me hacen falta tantas cosas!», pensaba.

—Cuando me conociste estaba ebrio. Me lo perdonaste. Después salimos varias veces. Fue una buena época. Me gustaba enormemente que te interesaras tanto por mi vida. Te tuviste que marchar y me escribiste. Eso me compensó de no destruirte demasiado pronto.

—Puedes hacerlo ahora.

—No quiero destruirte.

—Ni yo tampoco que lo hagas.

—¿Qué no eres capaz de hacer por mí?

—Nada.

—¿Qué eres capaz de hacer por mí?

—Todo.

—¿Puedes mentir por mí?

—Sí. Aunque lo haga mal.

—Muchas veces me pregunto por qué no eres mía

—Yo también.

—¿Te parece lícito que lo piense?

—Sí.

—¿No te molesta?

—No.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—Coge esa hierba que parece un filamento y mastícala.

—¿Para qué?

—Quiero que la mastiques y que luego me la des. Entonces la masticaré yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Luego te cortaré un rizo de tu nuca.

—Bueno.

—¿Me quieres? —dijo Daniel.

—Claro que te quiero.

—Gracias por decirlo. Es un consuelo oírlo y que sea verdad. Esto suele ser raro.

«No me hicieron el daño que les atribuí. Ni ellas ni la maldita bebida. Mi cerebro me redujo a lo que soy. Me menoscabó y me redujo.»

Sintió la proximidad de María sacando la comida de la bolsa verde. Vio cómo ponía las latas de conserva en un lado y sacaba las botellas.

Daniel las tomó y se acercó a la orilla. Agrupó unos guijarros para protegerlas de la fuerza de la corriente y vio el lecho arenoso lleno de cantos rodados. Regresó y se volvió a tumbar. Observó cómo María preparaba la comida. Trabajaba para él. Para el amor de los dos.

Si se pudiera hacer fuego te podría freír algo. Sé cocinar—dijo.

—Tú siempre haces las cosas muy bien. Todo lo haces terriblemente bien.

No quería lastimarla al hablar, y entonces dijo:

—Me gustaría poder ayudarte en algo.

Pudo ver los pájaros volar altos, proyectando fugaces sombras al pasar ante su vista. Los árboles, aislados, se destacaban en el horizonte. Un hato de ovejas ascendía por la ladera, más allá, en la otra orilla. Contempló cómo se encaramaban los animales de nuevo. Se introducía a través de su piel, invadía sus músculos y acariciaba levemente su alma. Esa sensación—recordaba—había aparecido muchas veces en su existencia pasada y también le había acariciado su alma. Después, nada había cambiado en realidad nunca.

—Hola—dijo—, necesito beber.

—¿No crees que te hará daño?

—No me hace daño alguno. No me importa en absoluto que me haga daño o no. Después de todo no creo que importe mucho. Estoy seguro que no podré cambiar nunca.

—¡Oh, por favor, no te pongas trágico ahora!

—No me pongo trágico.

—Es trágica tu manera de decir eso. Y en el fondo no hay ninguna tragedia en tu vida.

—A ti te parecen tragedias muchas cosas que para mí no lo son.

—Si sigues hablando así prefiero que te calles.

—Esta bien, me callaré. Y pensaré también.

—Intenta dormir un poco.

«Me dio la llave y me dijo: «Vete a mi casa y acuéstate con rameras hasta que te hartes. Pero olvida que yo te dí la llave. ¡Ah!, y no dejes de apagar la luz y de cerrar bien las puertas cuando te dé la gana de regresar.» Camino de la casa de mi amigo nos cruzábamos

con los campesinos que marchaban a sus tareas, con las herramientas al hombro y las botas de vino suspendidas de sus manos callosas. Llegamos y comenzamos a beber en seguida. Bebimos ginebra y bailamos muy abrazados. Nos acostamos completamente borrachos.»

—Me gustaría decirte —habló Daniel— que siento mucho lo que dije antes. No me hagas caso cuando hablo de ese modo. Ya sabes que soy capaz de hacer cualquier cosa por ti. Lo sabes, ¿verdad?

Aunque la quería sinceramente, hablaba de ese modo para comprobar si ella se ablandaría.

—Me dejas beber un poco, ¿eh?

—Puedes beber agua.

—¿Eso es lo que puede obtener un hombre de una mujer a quien ama? ¿Un poco de agua? Empiezo a creer que el amor es una porquería.

«¿Por qué tengo que destruirla? ¿Lo útil para mí puede ser una necedad espantosa para el resto del mundo? Yo mismo he transformado la utilidad de mi vida en algo nefasto y repugnante que causaría un hedor insoportable a esta mujer si supiese lo que hice antes de conocerla. He destruido todo lo que quería incomprensiblemente.»

—Ya está la comida, levántate.

—No comeré si no bebo. Es saludable beber en las comidas.

Vio su rostro, mirándole, hermoso en la claridad del paisaje. Su barbilla se levantaba, implorante.

—Perdóname de nuevo —dijo. Fíjate cómo sube el rebaño por la colina. Ahora está parado en la parte baja de la ladera. ¿No lo ves?

—No sé por qué te fijaste en eso. Vimos muchos antes de venir aquí y no hablaste de ello.

—¡Es que deseo ya terminar de una vez!

—No me grites, por favor.

—Quiero lavarme las manos, ya no hay remedio.

Suspiró profundamente. Notaba su estómago como una bola. Su cerebro, suave, flotante, etéreo dentro de su cráneo. La arteria derecha de su cuello latía isócronamente. Le dolía la espalda. Pero no se sentía incómodo. Calor y escalofríos. La sensación de algo roto le rodeaba. Recordaba dos frases: «ven acá» y «desde luego». Y una ventana que se cierra, con ruido de cristales. Atardecía. Escalofríos más fuertes que antes. El viento soplaba desde las montañas, haciendo chasquear las hojas. La arena se hacía húmeda, pegajosa. Las nubes se levantaban, desprendiéndose de los montes, rompiéndose en las crestas, dejando jirones de bruma blanca. El río ya no era brillante, sino gris. De un gris hoja de cuchillo, de ala de ave. El sol se había ocultado, dejando

moradas las laderas. La soledad dominaba como un hipnotismo esencial. Frío, pesadez, escalofríos, sensación de despertar. Se besaron.

Recogieron los restos. Daniel no había comido apenas. Había bebido mucho y rápido. Y ahora sentía hambre, un hambre atroz. Emprendieron el camino siguiendo el borde del río. Sus pies dejaban huellas en la tierra húmeda. María caminaba delante. Veía su falda moldear sus formas. «Sus pies se clavan como zancos en la arena», pensó.

A través de los montes que bajaban por la meseta alcanzaron el barranco que recogía el surco del torrente. A derecha y a izquierda los acantilados sustituían a las pasadas riberas suaves y ligeramente inclinadas. Eran paredes verticales de granito cuya superficie parecía ser cortada con gigantescos cuchillos de filo mellado, formando dentellones que emergían hacia el río. Algunos árboles surgían erectos, verticales de la roca.

Con un andar lento, pesado, vagamente sensual, caminaba María; la boca entreabierta por el cansancio, intentando sostener una esperanza, disipar sus inquietudes.

El río, lejos del pueblo, comenzaba a encajonarse entre los acantilados. La corriente se hacía impetuosa, aumentaba a cada tramo descendente. Seguían un camino trazado en la margen derecha. No era un camino, sino un sendero que a veces se acercaba al agua limitando unos centímetros de hierba verde, jugosa. Otras, se apartaba dejando interpuesta una extensa zona de terreno. El ruido de la corriente comenzaba a ser atronante. El agua adquiría por momentos color de bronce, en el atardecer. El ruido constante producía una intranquilidad extraña enormemente maligna. Al pie de los acantilados algunos árboles ancianos estaban desmochados, sus troncos eternamente húmedos. Las lagartijas se deslizaban sobre las rocas, se perdían desapareciendo sus colas entre las grietas. Caminaban por el sendero uno tras otro. Daniel miraba sus piernas tostadas, más morenas ahora, y se dio cuenta que algunas espinas habían herido su piel.

—Comienzo a tener hambre —dijo.

María se detuvo y sacó un trozo de pan. Daniel lo masticó lentamente. Cada trozo de terreno que ganaba el río iba lamiendo la tierra con más fuerza, terriblemente brutal. El *bumm* de la corriente —terco, irritante, exhaustivo— se acompañaba de salpicaduras de blanca espuma. El cielo parecía plomo sucio, terso como vidrio. Las lagartijas saltaban formando verdes puntos brillantes. Los ancianos árboles parecía que bajaban en procesión camino del agua. El viento levantaba sus ramas en el aire como brazos de moribundos suplicantes. Sus hojas se golpeaban entre sí. El acantilado ganaba verticalidad.

—Tienes la falda sucia —dijo.

—No me preocupa eso ahora.

—Podemos bañarnos —dijo Daniel.

—Estás loco.

—Puedes desnudarte. No miraré.

—Pero no quiero hacerlo. Sigues hablando borracho.

—No lo estoy. Puedes creerlo. Sólo quería verte nadar.

—Me verás algún día. Me gustaría beber agua.

Introdujo la cantimplora en el agua. Se sacudió la arena mojada de sus rodillas y se la entregó a María. Inclinó la cabeza y bebió. Luego lo hizo él. Continuaron andando.

—Podemos bajar siguiendo este camino. Rodearemos el valle por el otro lado.

—Espero que tengamos tiempo —dijo María.

—¿Por qué te avergüenzas de bañarte desnuda?

—Me avergüenzo de que alguien pueda verme.

Se detuvieron. Estaban cansados. Se apoyó en Daniel, que sintió su pecho jadear contra el suyo y olió su cabeza. El sombrío paisaje comenzaba a oscurecerse lentamente.

—Te late el corazón con fuerza —dijo. Y colocó la mano en el pecho de María. La miró a los ojos, estáticos, cargados de enorme expresividad.

—Mira, mi corazón también late con fuerza.

María percibió su golpear violento. Le miró a los labios y le besó.

—Tus labios son secos y amargos —dijo Daniel.

Continuaron sendero adelante, apoyada sobre él.

—Me duelen mucho los pies —dijo María.

—Descálzate un momento, esto te aliviará.

María se desprendió de sus zapatos, flexionó los dedos y volvió a colocárselos. Los árboles acentuaban su carácter sombrío y vigilante. En el cielo broncíneo danzaban nubes monstruosas. Caía desde arriba del barranco tierra fina arrastrada por el viento. No estaban exentos del malestar producido por el *bumm* del torrente. Las orillas se estrechaban. El sendero se borraba y el terreno comenzaba a ablandarse. Los mosquitos picaban el agua como miles de alfileres. El fango resbaladizo se metía en los zapatos.

—Vamos a pararnos un poco —dijo Daniel.

—Es tarde y tengo miedo —contestó María.

—Apóyate totalmente. Coloca tu mano sobre la mía y carga todo tu peso en ella.

El círculo blanco de la lúna aparecía en el cielo gris como una cara inquisidora.

—¿Quieres ayudarme? ¡Oh, por favor, ayúdame! —suplicó María.

—No tengas miedo ahora. Descansemos un momento. Bebe agua.

Le humedeció la cara.

—Dame tu pañuelo, ¿quieres?

Le secó la cara.

—Ya puedes beber —dijo.

—No me dejes nunca. Y sé bueno conmigo.

Daniel se movió hacia ella, que le abrazó sollozando. María se limpiaba las piernas, quitando con el pañuelo empapado la sangre seca de sus arañazos. De algunos brotaba nuevamente la sangre.

—¿Por qué hemos venido por aquí? —gritó desfallecida—. ¡Está lejos, muy lejos!

El camino avanzaba yuxtapuesto al río entre fango y algunos matorrales negruzcos. El atroz ruido del torrente impedía mantener una frialdad en el atardecer sombrío y denso. Caminaban con dificultad sobre el barrizal que semejaba un pantano. Los troncos desmochados formaban figuras miserables y malolientes.

—Estoy muy cansada. No podré resistir mucho tiempo. Soy una inútil.

—Llegaremos pronto.

La situación había llegado, incomprensiblemente, como un sueño muy pesado, desagradable y aniquilador. La falda de María presentaba un aspecto lastimoso, flotando sobre sus piernas. Surgían en sus corazones atropelladamente miles de deseos y miles de razones inexplicables. Nerviosamente intentaban caminar derechos por el terreno cada vez más untuoso. El ruido de la torrentera resultaba cruel para los oídos, atrapaba sus cerebros como una garra vigorosa.

—Debemos regresar. Sácame de aquí. ¡Oh!, sácame de aquí.

Sollozó sobre él. Trató de consolarla torpemente.

—Saldremos en seguida.

Se echó la noche muy pronto. El torrente se hacía interminable, insufrible. El ambiente era atrozmente fétido. María cayó al suelo, hincando sus rodillas en el barro, con desesperación. Sus ojos indicaban cansancio y extenuación. Daniel trató de incorporarla y resbaló también.

—Es terrible, verdaderamente terrible. No puedo andar más. ¡Cómo cansa andar con este barro! Estoy cansada, muy cansada.

Levantó sus ojos hacia Daniel.

—Debemos intentar salir de aquí —habló él—. Apóyate en mi espalda, voy a arrastrarte.

Cálida, silenciosa y triunfal aparecía la noche. Sus corazones reventaban con latidos salvajes. El torrente se hacía oscuro. María se apoyaba en su espalda. Las paredes de granito parecía como si después

de incendiadas formasen murallas de ceniza grisácea. Sus pies chapoteaban llenando de salpicaduras sus piernas; pero ya no sentían ni dolor en ellos. Sólo cansancio. Un cansancio infinito, vago y rebelde. El agua rugía ahora como desesperada e inquieta. Sobre los deseos de tumbarse, un deseo imperioso de abrazarse. María apoyaba su rostro en la espalda de Daniel, cambiando de mejilla a cada instante. Daniel percibió en su espalda, a través de su camisa, el relieve de sus labios.

—Pronto llegaremos. Saldremos de aquí —afirmó.

El inacabable pantano se escurría hacia el agua. La luna subía más. Un reguero de tierra que constituía un pequeño montículo —como un banco de arena— dividió el barrizal en dos lenguas que, después de su bifurcación, volverían a unirse en un terreno monótono. Sobre el banco de tierra seca se sentaron, con sus piernas introducidas en el barro hasta los tobillos. Suspiraban, y cada suspiro era una queja ante el frío destino que les conducía a través del interminable torrente. El agua gritaba ferozmente su eterno *bumm* como un lamento de seres vivos.

—Daniel —dijo. Extendió sus brazos hacia él con infinito deseo.

—Pronto saldremos de aquí.

—Daniel —repitió—, eres bueno conmigo.

Cargada de inmensa ternura, María temblaba entre sus brazos.

—¿Puedes mirarme?

—Debes curarte los arañazos.

—Me hacen daño.

—Saldremos de aquí. Hacía tiempo que no recorría este camino. Otras veces estaba seco. Debí pensar en la lluvia de estos días.

—Cuando salgamos, entonces todo será distinto —dijo ella—. Me siento más tranquila. Es tarde, pero me siento más tranquila.

—¿Eres virgen?

La pregunta la confundió.

—Naturalmente.

—Perdóname. Hoy te he pedido perdón muchas veces.

—Puedes hacerlo. Te lo concederé siempre.

—Eso me hace sentir algo así como lo que debemos tener en lugar de conciencia.

Bebieron y se mojaron las caras. Las gotas de agua resbalaban hasta sus barbillas.

—Lo haces muy bien —dijo Daniel.

—¿El qué?

—El perdonarme.

A la izquierda, el atronante rugido del torrente; a la derecha, el acantilado; delante, el interminable pantano. El terreno comenzaba

a endurecerse, como si la tierra se amasase y solidificase por momentos. Los restos de grava indicaban la próxima reaparición del camino, borrado en el cenagal. Sobre la grava, los pies, acostumbrados al barro, sentían innumerables punzadas dolorosas. Los greñudos árboles destilaban ahora resina.

—¡El puente! —gritó María. Y corrió hacia él.

El puente de madera se alzaba sobre el torrente, construido con troncos de pinos. Sobre los troncos se habían colocado cantos rodados; entre ellos se amontonaba el polvo blanco en la oscuridad. Hasta el puente subía el fuerte olor a lino del río. La veloz corriente del agua, vista desde arriba, era una masa espumosa al romper en las rocas. El puente olía a resina de pino. Observaron los ágiles remolinos de agua. Un pájaro voló sobre el torrente describiendo amplios círculos; su imagen parecía extraña cruzando lentamente la abertura del barranco. Descendía muy despacio, para después remontarse firmemente. Estaban contentos. María cruzó el puente con paso rápido. El puente se extendía sobre el torrente y el pantano alcanzaba, subiendo como una cuesta, el otro borde de la torrentera. Al terminarse renacía el camino de grava, que ascendía sinuosamente. Apoyados en el tronco de un árbol descansaron largo rato. El agua les calmó los labios, hinchados y resecos. María se sentó apoyando su cabeza entre los brazos. Daniel la miró sin decir palabra. Le acarició la frente húmeda, y pasando sus manos por debajo de sus brazos la ayudó a incorporarse.

—Ya hemos conseguido salir —dijo.

Al hablar sintió dolor en sus encías, inflamadas y ásperas, cuando intentó mojárselas con saliva.

Continuaron el camino de grava que se apartaba oblicuamente del torrente, trepando por la ladera. Sentían sus cuerpos tirar de la espalda. Clavaban sus piernas apoyando las palmas de las manos en las rodillas al pisar. El camino continuaba ascendiendo. Frente a ellos la colina se cubría de abedules, y más lejos aparecían robles y pinares. Más allá se encontraron con el sendero que regresaba al valle. Arriba, el viento agitaba las ramas. Las montañas parecían azules. Daniel ya no pensaba, ya no tenía necesidad de pensar, como si todo hubiera quedado atrás, en el pantano.

El sendero de grava se empinaba, ganando terreno. Daniel oía la respiración de María a su espalda y el arrastre de sus pies sobre los guijarros. El valle adquiría un matiz amarillo. El viento traía olores de matorrales y de resina. La oscuridad acentuaba el cálido ambiente nocturno. Las colinas aparecían y desaparecían, vagamente azuladas. Las montañas parecían desconchadas, con laderas de superficie metá-

lica en las zonas rocosas. La hierba se hacía jugosa entre las grietas del barranco.

En la cumbre de la ladera el camino de grava buscaba el sendero. Los abedules habían desaparecido y ahora eran los robles los que proyectaban sombras rechonchas. Las ramas se entrecruzaban formando tupidas redes de hojas. En el espacio abierto del valle resonaba el torrente. Algunos helechos aparecían cubiertos de las pequeñas gotas del rocío que comenzaba a formarse. El terreno se inclinaba hacia la pradera haciéndose más llano. El olor de los helechos se confundía con el aroma de los robles y de los pinos lejanos al otro lado de la colina. El viento soplaba del Norte. Los bordes del sendero estaban desnudos; en algunos tramos crecían arbustos raquíticos.

Sus miembros estaban rígidos. No hablaban, guardando el profundo silencio del valle. El sendero atravesaba numerosos prados. El silencio de los campos parecía retener un misterio. Comenzaron a distinguirse las dispersas casas del pueblo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí—contestó María.

Entraron juntos en el pueblo. Cayó definitivamente la noche. La luz de la luna se esparció bañando la tierra, adueñándose del valle.

Daniel apretó fuerte, muy fuerte, dentro de su bolsillo, el pañuelo de María, todavía húmedo.

Manuel Plaza
Serrano, 230
Madrid